

El personalismo unamuniano (la relación yo-otro)

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de Filosofía

Soy hombre; a ningún otro hombre estimo extraño.
(*Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. I)

Luchar para vivir y vivir para luchar...
¡Terrible círculo!

(*La esfinge*, acto II, esc. 9^a)

La herencia idealista

No sabemos con precisión de qué manera los animales se dan cuenta del mundo ni hasta dónde alcanza su saber, pero sí que nuestro conocimiento de aquél se realiza por medio de la conciencia. Así es que conocer significa siempre que nos damos cuenta de que estamos ante una determinada realidad, a la cual nos acercamos a través de su imagen vicaria en nosotros. Del mayor o menor grado de objetividad que tales imágenes ostentan dan cuenta sobrada las diferentes teorías epistemológicas. Aunque todas coinciden en señalar que conocer equivale a hacérsenos presentes ciertas cosas a las que confiere fuerza de realidad nuestro sentido común.

Frente a esta situación general, el Idealismo se caracteriza por reducir todo dato a un fenómeno de conciencia. De modo que esta teoría viene a considerar que una cosa existe para un sujeto en tanto que es pensada por el mismo. Unamuno, no logra desprenderse del idealismo en que se ha formado. «El mundo —escribe— es para la conciencia. (...) Si el sol tuviese conciencia, pensaría vivir para alumbrar a los mundos, sin duda; pero pensaría también, y sobre todo, que los mundos existen para que él los alumbrase y se goce en

alumbrarlos y así viva».¹ Por ello, quien quiera conocerse ha de regresar al interior de sí mismo y ahí adentro —ya San Agustín sugería que «en el interior del hombre habita la verdad»— tratar de encontrarse con el que de veras es.

La expresión «de veras» parece estar suponiendo la existencia en nosotros de un *yo auténtico*, —el «de veras»—, y de otro yo inauténtico. Y así, en efecto, lo cree Don Miguel, al asumir que el primero configura a la persona y el segundo, en cambio, al personaje. Lo que nos aboca al permanente conflicto entre ser cada uno hechura propia, es decir, obra de nuestra voluntad, o bien hechura ajena, un producto de lo que nuestra abulia y la incidencia de los demás van queriendo que seamos.

Se entiende, entonces, que la principal instancia unamuniana se halle encaminada a dotarnos de un yo auténtico, esto es, que logremos ser cada uno el que debemos, invitándonos a empeñar en semejante tarea hasta el último de nuestros esfuerzos. Don Miguel, por eso, cuando alude a la persona, la considera siempre en su sentido etimológico, como una *drammatis persona* o actor que se halla representando un papel en ese peculiar escenario que es la vida. Y, si vivir es obrar, únicamente decidiendo y eligiendo comprometidamente podremos actualizar nuestro proyecto personal o *querer ser*.

Ser persona o ser personaje

Ahora bien, este ser nuestro en posibilidad hemos de materializarlo cada uno con nuestro em-

peño propio. «Todo hombre humano —escribe Unamuno— lleva dentro de sí las siete virtudes capitales y sus siete vicios opuestos, y con ellos es capaz de crear agonistas de todas clases». ² Pero también en su hacimiento influyen los demás. Y tan grande e imperiosa puede resultar esta acción ajena que acabe por violentar o anular nuestro proyecto personal, reduciéndonos a ser un «sujeto cotidiano y apariencial», ³ esto es, alguien que por no querer ser ni querer no ser, sino dejarse llevar y traer, no alcanza a ser persona. ⁴

Ser persona o bien ser personaje es, para Don Miguel, una disyuntiva capital a la que hemos de enfrentarnos cada «hombre de carne y hueso», único existente real. ⁵ Sin embargo, no estamos ante un mero problema de rectitud o de lealtad a determinados principios, previamente establecidos, sino ante la necesidad de ajustarnos a un canon de racionalidad elaborado por nosotros mismos a nuestra propia medida. Este modelo de deseo o yo íntimo se define por su *querer ser* inmortal, lo que, a su vez, exige tener asegurada la identidad personal. El propio Unamuno hace radicar el problema de la personalidad en el conocimiento de «si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es». ⁶

Ser y ser siempre son dos instancias que estructuran un sistema de correlaciones en el que cada una de ellas garantiza la existencia de la otra. En efecto, no hallándose el ser humano constituido por naturaleza, la orientación de tal construcción dependerá de su posicionamiento ante el hecho de la inmortalidad, una convicción esta, además, que al haber de ser luchada, al exigir agonizarnos permanentemente, —por negar la razón que exista Dios y querer el sentimiento que Dios exista—, da la tonalidad del tipo humano que deseamos ser.

Por eso, precisamente, nuestra construcción pasa, según Don Miguel, a través de aquellos dos momentos que, a la postre, no son sino dos vertientes del mismo. De hecho, «por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará o castigará a uno a que sea por toda la eternidad lo que quiso ser». ⁷

La relación de alteridad yo-tú

No hay tarea más importante ni responsable encomendada por la vida a cada humano que la de

hacerse como sujeto único, una iniciativa personal e intransferible en la cual nadie puede sustituirnos. Es decir, a todo humano nos corresponde asumir las elecciones procedentes al respecto, sabiendo que desfallecer o dejarnos pasivamente guiar desde afuera en tal empeño equivale a negarnos.

Resulta obvio el talante netamente moral que exige llegar a ser «todo un hombre» o «toda una mujer». Un modo moral este que no debe entenderse tanto como la obligatoriedad de tener que seguir o evitar pautas de acción ya configuradas como buenas o malas desde afuera, cuanto como un compromiso personal con el proyecto que somos y con la elección de los medios que nos posibiliten irlo realizando.

Estamos, como lo ha definido Díaz-Peterson para el caso unamuniano, ante un yo «en busca de sí mismo». ⁸ Y así, este yo egotista se convierte en centro en el que todo resuena. También e importantemente la realidad de los yoes ajenos, que ahí se singularizan, adquiriendo rostros personales. Para el rector salmantino, la *alteridad o relación yo-tú* se hace posible gracias a la *simpatía dolorosa* de nuestro yo con el del otro por medio de la compasión.

Desde ella, cada sujeto humano descubre, — puede descubrir—, en el otro una existencia tan amenazada en su ser y en su permanecer como la suya misma, es decir, portadora de un idéntico *sentimiento trágico vital* (por su deber hacerse, por la consciencia asumida de la contradicción entre lo que afirma la razón y lo que siente el corazón, por haber de llevar una existencia que convierte la conducta en prueba moral de nuestro anhelo supremo). ⁹ Dicha compasión, en efecto, transforma al otro en «el hermano», ¹⁰ abriéndonos a una interconexión que nos religa profundamente los unos a los otros. Cada otro, así, se vuelve singularidad única en su afán por haber de vivirse como deseo y deber poner a prueba continuamente su autenticidad mediante la asunción de aquella clase de conducta que corresponde a un tal empeño.

El personalismo unamuniano

El yo se hace, pues, persona desde la vivencia trágica de su sentimiento, el cual insta al sujeto a una acción responsable, dado que ha de asumir-

se como un proyecto a construir y para el que le son necesarios los demás, pese a que también haya de luchar contra ellos a fin de que no lo inautentifiquen. Sin embargo, una cosa es que entre el yo y el otro medie una relación de mutua dependencia y otra muy diferente que ambos se condicionen coactivamente. En el primer caso, el proceso de personalización lo garantizan las relaciones éticas establecidas entre cada uno y los demás, mientras que en el segundo aquel proceso queda roto al ser sometida la libertad individual a un conjunto de arbitrariedades foráneas.

Ahora bien ¿cómo conjugar el voluntarismo que exige el yo como *querer ser* con los anhelos de los otros, quienes, al pretender realizarse cada uno de ellos como «todo un hombre» o «toda una mujer», han de materializar también comprometidamente su personal proyecto, ese mismo *querer ser*? Para resolver tal cuestión hay que tener en cuenta la lógica que vertebra el pensamiento unamuniano, constituida por una intuición vivencial en la que se halla implicado todo nuestro ser y que conduce a primar la individualidad real frente a todo otro intento esencializador, que siempre acaba perdiendo al existente en las redes de un universalismo.

Es cierto que, para Unamuno, el otro muchas veces aparece considerado como autobiográfico. Mas conviene no confundir, —Don Miguel nunca lo hizo—, las proyecciones de aspectos concretos de su personalidad con los demás humanos en tanto que constitutivos esenciales de su circunstancia existencial, hasta el punto de que sin ellos no podría en manera alguna realizarse como persona.

El hombre —nos lo ha dicho Unamuno ya— es egotista por naturaleza, esto es, conciencia en la que convergen toda una serie de líneas de sentido o lugar en el que todo se visualiza, huele, gusta y palpa, de modo que la realidad es lo que es en proporción directa a como el sujeto la percibe e interpreta. Por eso, el egotismo nada tiene que ver con el egoísmo, que es la traducción más generalizada en que ha plasmado el antropomorfismo moderno y que constituye la denuncia más directa del Personalismo, en particular de E. Mounier, con su exigencia de «rehacer el Renacimiento». El egoísmo todo lo refiere también al yo, pero reduce a éste a prisma utilitarista desde el que todo es mediatizado en términos de intereses.

Según se observa, el personalismo unamuniano arranca de nuestro núcleo más definidor, por más que aparentemente pueda emerger en formas que nos hagan pensar en su negación. Es lo que acaece cuando el otro es interpretado como rival, o como Caín, o como un doble nuestro que nos reemplaza, etc. Sin embargo, tales casos son siempre formas históricas, imágenes de sujetos posibles que, además de representarnos y de representar a los demás, poseen dos funciones: cognoscitiva, en tanto que nos muestran peculiaridades del existente humano, y moral, en tanto que exigen convertirnos y convertir a los demás en antagonistas, a fin de que podamos realizar nuestro «sí mismo».

Por eso, únicamente al traspasar la historia y alcanzar lo intrahistórico, esto es, lo permanente que subyace a la movilidad y factualismo de aquélla, es cuando nos cabe conocernos y, en nosotros, conocer a los demás. El yo de cada uno, entonces, enraiza con los otros, transformando a cada uno de ellos, gracias al amor, en dobles nuestros, personalizándolos. Bien se comprende así que comience *Del sentimiento trágico de la vida* con estas palabras que dan la tónica de todo el libro: «soy hombre; a ningún otro hombre estimo extraño».¹¹

La literatura como medio expresivo

Lo literario será, por eso, entendido como una manera de notariar ese mundo de pasiones —«las siete virtudes capitales con sus correspondientes vicios»— que todos llevamos escondidas. De ahí que se desarrolle siempre en un doble plano: en el del relato entrañado y en el de la crónica de los hechos concretos.

Empero, desde el punto de vista expresivo, los segundos conforman la envoltura de que se reviste la substancia del primero. Por eso, siguiendo la línea marcada por el propio Don Miguel en la novela *Abel Sánchez* bien podríamos decir que la expresión literaria de su personalismo, —de la alteridad constituida por la relación yo-otro— consiste en transmitir «una historia de pasión» mediante la historia de una pasión. Obviamente los modos en que se reviste el relato de ésta última apenas interesan. Mas gracias a su mediación logramos acceder a un fondo constituyente de humanidad y en él aprehendernos co-

mo el que realmente somos-estamos siendo cada uno.

En consecuencia, la expresión literaria unamuniana, según cabe observar en el uso que Don Miguel hace de los distintos géneros literarios de que se vale, no tiene por objetivo ningún canon estético en sentido estricto. Su novela, su teatro, su poesía —independientemente de los dispares logros alcanzados en ellos— no buscan tanto la belleza, cuanto el ser expresión de una clase de realidad íntima que, por irracional, no cabe en los márgenes de una denotación conceptual, en las palabras de un lenguaje previamente establecido, sino que reclama otra clase de vehículo.

Nada tiene de particular, pues, que al novelar, Unamuno se novele a sí mismo. «¡Mi novela!, ¡mi leyenda! —escribe—. El Unamuno de mi leyenda, de mi novela, el que hemos hecho juntos mi yo amigo y mi yo enemigo y los demás, mis amigos y mis enemigos, este Unamuno me da vida y muerte, me crea y me destruye, me sostiene y me ahoga. Es mi agonía. ¿Seré como me creo o como se me cree? Y he aquí cómo estas líneas se convierten en una confesión ante mi yo desconocido e inconocible; desconocido e inconocible para mí mismo. He aquí que hago la leyenda en que he de enterrarme».¹² Y si la propia vida es novela, el sujeto ha de hallar el modo de vivir la novela de su vida, por lo que aprender «cómo se hace una novela» equivale a captarnos en el decurso de nuestra temporalidad, es decir, no sólo mientras vamos siendo, sino también materializando en existir nuestro deseo. Pues «el que siendo sueño de una sombra y teniendo la conciencia de serlo sufra con ello y quiera serlo o quiera no serlo, será un personaje trágico y capaz de crear y de re-crear en sí mismo personajes trágicos —o cómicos—, capaz de ser novelista».¹³

Es la novela, pues, un relato intrahistórico, en el cual, el ser-proyecto de cada yo, va asumiendo la entidad expresamente anhelada y, de ese modo, ganándose a sí mismo como un ser de voluntad. No en vano toda novela resulta ser un «relato del alma» que nos muestra lo que somos y asimismo lo que son los demás. Por esta función, Julián Marías calificó tales novelas como laboratorios de conocimiento.¹⁴

Algo parecido acaece con el teatro, donde se nos muestra una dramática que rompe los marcos al uso. El escenario no es un espacio objetivo, sino que lo constituye nuestra propia con-

ciencia. En ella laten las pasiones con intensidad, hasta acabar por corporalizar en personajes que no son sino el reflejo íntimo y sentido de eso que parece suceder externamente. Y, como en la novela, también aquí se visiona el nacimiento de la personalidad al enfrentar al yo consigo mismo en un proceso de autenticidad que nos conduce, sin embargo, a preguntarnos si es que somos el mismo cada uno o, por el contrario, otro.

En los casos de la novela y del teatro observamos que la expresión literaria se halla orientada al conocimiento de nuestra conciencia por el recurso de proyectarla hacia afuera. De esta manera podemos ver a nuestro propio yo luchando consigo mismo y con los otros. Pero también, al hilo de ese combate, se nos oferta la posibilidad de personalizarnos y de personalizar a los demás, al entroncar con el otro mediante un amor compasivo, en una fraternidad de naturaleza.

Finalmente, por lo que hace a la lírica justo es reconocer que terminará por ser el medio expresivo unamuniano ideal. Y existe para ello una buena razón. En el poema, cuando el poema es sentido, ya no queda traba alguna en que arropar lo íntimo, sino que éso emerge por sí mismo enfundado en un lenguaje que no tiene que responder ante nada (anécdota, lugar, desarrollo lógico, etc.). Aquí la intuición pura se basta y se sobra. Por ello, terminará Unamuno prefiriéndola a la metafísica, es decir, convirtiéndola en filosofía.¹⁵

Notas:

1. Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Aguilar, Madrid, 1967, Tomo II, p. 740.
2. Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, p. 26.
3. *Ibidem*, p. 26.
4. *Ibidem*, p. 22.
5. Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, o. c., pp. 729-30.
6. Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985, p. 19.
7. Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, o. c., p. 14.
8. Díaz-Peterson, R., *Unamuno: el personaje en la busca de sí mismo*, Playor, Madrid, 1975.
9. Unamuno, Cfr. *Del sentimiento trágico de la vida*, o. c., p. 964.
10. *Ibidem*, p. 729.
11. *Ibidem*, p. 729.
12. Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir. Cómo se hace una novela*, Alianza, Madrid, 1981, p. 133.
13. Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972, p. 26.
14. Marías, J., Cfr. *Miguel de Unamuno*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980, cap. IV.
15. Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, o. c., p. 730.